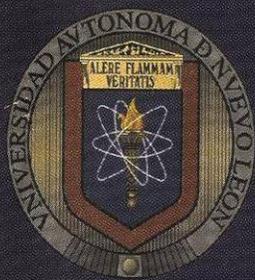


HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

2005



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Edición 32

PRIMERA SECCIÓN

FILOSOFÍA

EDUCACIÓN UNIVERSITARIA PARA EL AMOR

Dr. Agustín Basave Fernández del Valle
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Profesor Emérito de la Universidad Autónoma de Nuevo León
Presidente de la Comisión Doctoral de la
Facultad de Derecho y Criminología de la UANL.

La educación es una responsabilidad compartida que nos compete a todos. Ciencias y tecnología sirven de consuno para la humanización y personalización del educando. Cuando la tecnología educativa entorpece el crecimiento creador y las relaciones humanas es que los diseños y los diseñadores han fallado lamentablemente. Las nuevas expresiones de la idea democrática aunadas a la expansión y proliferación de los medios masivos de comunicación nos están haciendo –y nos harán– nuevas demandas a la educación, pero nunca a costa de la deshumanización del proceso educativo.

La dimensión educativa es inseparable de la vida humana. Envuelve a todas las formas de la educación, todos los elementos de la población y todas las edades del ser humano. Por supuesto que no podemos quedarnos en la vaguedad –por solemne que parezca– de la frase de René Mahieu, Director General de la UNESCO, cuando le preguntaron: “¿Cómo definiría usted la educación permanente?” Respuesta: “*La educación es la disposición a aprender a ser*”. ¿Aprender a ser un técnico hábil, o un profesional triunfador y mundano, o un político maquiavélico, o un cultivador de la ciencia como vano fetiche? Todo cabe en la solemne vaguedad ideada por René Mahieu que sirvió de nombre a un libro escrito por varios colaboradores y publicado bajo los auspicios de la

UNESCO: "*Apprendre a être*". En primer lugar habría que advertir que nos encontramos implantados en la existencia con una esencia de hombres. Una existencia que es nuestra, en cuanto la vivimos y la ejercemos, pero que no es nuestra en cuanto nos viene dada como don de amor y que nos compromete a convivir amorosamente. En esta convivencia el hombre está encomendado al hombre en un sentido primario, radical. La educación permanente no puede desentenderse de la *otredad* esencial y de la *nostreidad* constitutiva. *La Universidad no puede ignorar que la sabiduría es más importante para la plenitud de los hombres y de los pueblos que la ciencia.*

Si la *educación* convencional y presencial no puede formar toda la persona humana en todo el tiempo de su vida, vayamos hacia la Universidad permanente y abierta. Si la Universidad convencional se ha ocupado preponderantemente, hasta ahora, de la "materia gris", preparemos una universidad abierta, escuelas de educación elemental, media y superior en donde todo el ser humano en todas las épocas de su vida *tenga* la facultad de conocimiento para el amor. Una Universidad abierta en donde todo el ser humano en todas las épocas de su vida sea facultad de conocimiento para el amor. Una Universidad en donde los diplomas no sirvan para demostrar únicamente adquisiciones intelectuales en alguna época de la vida, sino que nos hablen de todo el ser humano. No queremos un saber frustrante que haga caso omiso de la cultura del corazón. Tampoco un sentimentalismo ciego, sin brújula y sin soporte espiritual jerarquizado. No vemos imposibilidad alguna para que la universidad siga impartiendo ciencia y técnica, pero cuidando de las circunstancias, del medio, del ambiente en que un hombre puede desarrollarse cabalmente como hombre y cumplir sus ideales. Si los *educandos* descuidamos la tarea de transmitir, de generación en generación, valores espirituales que den a la vida "sentido", "contenido" y "dirección", solo habremos legado —a pesar de todas las teorías esgrimidas— una herencia de vacío espiritual. Si hemos dicho que la sabiduría es más importante para la plenitud de los hombres y de los pueblos que la ciencia, vamos a enseñar respeto y amor por el prójimo —especialmente por los pobres, los solitarios, los olvidados, los descarriados, los rechazados, los marginados—; admiración y entusiasmo por la estructura y las relaciones de todo cuanto hay (la Habencia); adoración por el Ser fundamental y fundamentante, por sí (aseidad), infinito, inmutable, simple, uno, espiritual, eterno, omnipotente, trascendente, indiviso, ejemplar, perfecto... En la base misma de la

investigación especulativa se da una profunda necesidad de lo divino. Insuficiencia del ser finito, inquietud del destino humano, intuición de un orden trascendente; todo —instinto, razón y corazón— nos llevan a la región donde la sabiduría y la santidad están convergiendo y coincidiendo. Educar universitariamente significa transmitir lo mejor de uno mismo y hacer verdad en la propia existencia lo que se quiere enseñar a otros, para que aprendan a aprender a ser hombres cabales entre los hombres.

La andragogía contemporánea enfoca al hombre como organismo que actúa en un medio social. El medio —específicamente humano— continua exteriormente al ser vivo. La inteligencia no es abstracta, sino inteligencia de un ser biopsíquico en situación y en circunstancia. En función de la situación y de la circunstancia se planean esquemas de acción que aprovechan el medio favorable o tratan de superar los obstáculos. Dentro de esa experiencia se produce el aprendizaje. Lo que cuenta no es la acumulación de datos en la memoria, sino la resolución de problemas vitales, la guía para la acción, la pauta de conducta para futuras situaciones y circunstancias. La androgogía encuentra apoyo en la *psicología* topológica (relaciones dinámicas y tensiones del educando en un campo). El término de la educación es el *aprendizaje* y no la enseñanza. El eje de la universidad está en el alumno. Lo que más importa es *desarrollar habilidades idóneas en el educando. Se trata de que aprenda a aprender. Es necesario convertir a los alumnos en co-investigadores.* Cuenta mucho que los educandos sepan comunicarse y expresarse; que sepan escuchar y discutir; que razonando se encaminen grupalmente al experimento y descubrimiento. La pesquisa científica delimita el problema, busca alternativas y nuevos datos para nuevas hipótesis, prevé las consecuencias y prueba o comprueba las teorías en la realidad. Se piensa "para", en situación conflictual. Y se piensa "con" los educandos, enseñándoles los fines y dándoles responsabilidades en la ejecución. Se transmite una *cultura dinámica*, con una gran movilidad de sus verdades en el campo científico natural. Por eso cuentan más los principios que los detalles cambiantes. *Hay que estar capacitado para la propia y permanente actualización educativa.* "La función de la Universidad —apunta Whitehead— es capacitar al alumno para deshacerse de los detalles en beneficio de los principios... el principal propósito de un profesor universitario debe ser mostrarse en su verdadero carácter, esto es, como un hombre ignorante que piensa, que utiliza activamente esa pequeña porción de conocimientos. En cierto sentido, el conocimiento disminuye a medida que aumenta la sabiduría,

puesto que los detalles son absorbidos por los principios. Los detalles de conocimiento que sean importantes, se aprenderán *ad hoc* en cada circunstancia de la vida, pero el hábito de la utilización activa de los principios bien comprendidos es la posesión final de la sabiduría. En vez de una educación universitaria para la memoria y los datos, una educación como actividad inteligente y búsqueda de habilidades para seguir aprendiendo y para saber inventar. El fin de la *andragogía universitaria* es interno, inmanente a la actividad educativa. El educando no está ejecutando “minué intelectuales”, sino comprendiendo el sentido y la finalidad de lo que hace, en el momento –situación y circunstancia– que lo hace. En vez de lecciones horarias, sesiones de trabajo múltiples y variables. Más que división de materias, reunión de contenidos en áreas o unidades interdisciplinarias de trabajo. Mejor que examen de conocimiento, comprobación de que las experiencias tenidas han quedado como aptitudes. Más importante que el cambio cuantitativo de conocimientos es el *cambio cualitativo en la conducta*. En la Andragogía contemporánea, el profesor parece desdibujarse un tanto en el aspecto exterior de su actuar, ante grupos de alumnos con posibilidades de encontrar soluciones y de equivocarse.

No se ha reparado suficientemente en la riqueza etimológica que derrama el sustantivo “*educatio*”, que proviene del verbo “*educ*”, extraer. Pero, ¿qué extraemos del educando? No existen las ideas innatas, como creía Descartes, pero si hay, en todo ser humano, un enorme potencial susceptible de actualización, una serie de virtualidades que por la educación puede llevarse a su cabal desarrollo. El educando es un sujeto perfectible que requiere ordenación de cualidades, conocimientos, pautas de conducta... *Educación es realización de perfectibilidades*, para decirlo en forma lapidaria.

El hombre es contingente, imperfecto, inacabado, menesteroso. Porque hay perfectibilidad que exige su realización, hay educación. Yo me pregunto cómo esta contingencia hambrienta puede llegar a su cabal cumplimiento si no se le va saturando de amor, si no ama y no se le ama. ¿Por qué las Universidades no podrían, en un nivel superior, enseñar a los educandos a amar? Una perfectibilidad ansiosa de satisfacer su exigencia sólo puede cumplirse cabalmente por vías de amor. Me parece que el mundo contemporáneo no ha ensayado, a gran escala, una educación para el amor. Y para que el mundo sea habitable por el hombre, requerimos una educación para el amor. Las Universidades no han querido creer en el amor como fuente de luz y de ciencia, de calor y

de consuelo para el hombre y la sociedad. Sobran eruditos y faltan sabios. Hay poca gente feliz. Siento una compasión infinita por ese pequeño, admirable ser que vive y muere entre asfalto y humo, siempre atenazado por el reloj, molesto por enfermedades que produce la civilización, saturado de problemas, siempre a la búsqueda, pero generalmente frustrado antes de haber encontrado el amor. Por eso les invito, amigos universitarios, a que lean ahora en el hombre vivo, en ese hombre que sus padres –más sabios que ustedes por la edad– han tenido su Universidad.

Me dan miedo las palabras devaluadas por ausencia de autenticidad. La palabra amor ha de ser un acontecimiento en su vida. Si no ocurre sería mejor que no la dijeren y la escribiesen. Porque la palabra genuina es lo que somos ¡Jesús es la palabra de Dios hecha carne y sangre! Y cuando esa palabra dicha y hecha está ausente de nuestras *escuelas* o de nuestras vidas, nuestras más profundas cuestiones vitales quedan insatisfechas, vacías. Llevar a los hombres a su plenitud es el sueño de hombres plenos. Porque si eres pleno –como se puede ser pleno en esta vida– lo único que te falta es la plenitud de los demás. ¿O es que acaso el hombre no está encomendado al hombre?

No quiero imponerles nada, porque la verdad no necesita imposiciones; se impone sola. Tienen todo el derecho de pensar de otro modo de todo lo que aquí se diga. Esto no ha de dañar la amistad entre autoridades universitarias, profesores, alumnos y egresados. Me limito, en esta ocasión, a ofrecer un mensaje sobre los hombres, el mundo, *la escuela* y la Universidad tal como los veo y los vivo. No quiero hacer el papel de profeta loco predicando utopías en un supermercado. Me basta apuntar cosas muertas en nuestra civilización puesta a prueba, como si fueran los manjares del paraíso. A veces –como se diría en Andalucía– “hay que varear mucho un olivo para que caiga una sola aceituna”. Es posible que mis palabras sean rotundas, drásticas a veces. Pero tengan la seguridad que están dichas para la luz intelectual y para vivir en amor. Los occidentales hemos sobrevalorado morbosamente el dinero y la propiedad, el poder y el placer. El desplazamiento del espíritu provoca malestar, endurecimiento, desánimo, desesperación... El desplazamiento del espíritu –crisis espiritual– se refleja en crisis económica, corrupción, criminalidad creciente, crisis en el matrimonio y la familia, guerras y quiebras de una civilización materialista.

Como universitario e investigador, soy hombre de ciencia y de técnica. Pero no creo en la omnipotencia de la ciencia y de la técnica. Podemos admirar muchas cosas de la era post-industrial: computadoras que hablan, robots que hacen las tareas domésticas, bancos de sangre y de piel, transplantes de corazones y de riñones, pisadas humanas en la luna, "bebés de probeta", laboratorios volantes en el espacio, cámaras de televisión en planetas lejanos, maravillas de la electrónica... pero deploraremos siempre la deshumanización de la civilización: armas atómicas en arsenales escondidos, bombas de neutrones, intoxicaciones químicas, contaminaciones de mares y ríos, agotamiento de las materias primas, ensuciamiento del medio humano, contaminación ambiental... La quiebra y la supervivencia de una civilización está en nuestras manos. La sociedad de consumo piensa —estulto dogma— que con dinero se puede comprar todo, cuando sabemos muy bien que las mejores cosas que nos puede deparar la vida no pueden comprarse. Esta sociedad de consumo, ayudada por una inmensa publicidad ayuna de principios éticos, está produciendo corazones humanos deprimidos, subdesarrollados en materia de cultura cordial.

El peligro que nos amenaza es el nuevo bárbaro computado, provisto de saberes técnicos muy cualificados, pero apenas diferente de los cerebros electrónicos del siglo XXI. Ciencia, técnica, electrónica, dinero y bienestar son buenos. Malo es el nuevo bárbaro tecnócrata que nos amenaza con su ciega o cínica deshumanización.

Más de 400,000 científicos altamente especializados están empleados en la industria armamentista para mejorar armas y desarrollar nuevos medios de genocidios. Cerebros vendidos al poder bajo el signo de Caín. Se habla de mega-muertos —un millón de hombres por cada mega-muerto— por una guerra nuclear. Solo en el continente europeo existen armas nucleares tácticas con capacidad explosiva treinta veces superior a la capacidad explosiva T.N.T. total empleada durante la Segunda Guerra Mundial. La estrategia del terror cuesta muchos millones de pesos por minuto, mientras se deja morir de hambre a muchedumbres de pobres.

Si ya no hay amistad, si ya el hombre no cuida del hombre, de nada sirve seguir construyendo grandes ciudades vacías de calor humano. ¿Cuál es el mundo que queremos? Todos tenemos la palabra. Hay una sociedad en continua reconstrucción, en cambio permanente. Y sin embargo no se registra una auténtica "Universidad para el cambio". Vivimos en una sociedad dinámica y seguimos con nuestras

Universidades estáticas. Los educadores transmiten formas periclitadas a lo primero que encuentran a mano. Diríase que nuestros educadores —salvo honrosas excepciones— marchan sin plan alguno, a la deriva, asidos a la tradición alejandrina, al entretenimiento técnico o a la enseñanza enciclopédica. Las Universidades están concebidas para una minoría burguesa, como si no existiese la sociedad de masas. Organismos cerrados desconectados de la realidad circundante. ¿No sería hora de pensar en Universidades renovadoras que asuman la crisis y se conviertan en medio eficaz para la lisis?

La Universidad como promotora del cambio debe, ante todo, conectarse críticamente con la sociedad que nos toca vivir. Debe alcanzarse una conciencia diferenciadora de lo bueno y de lo malo, de lo permitido y de lo factible en la sociedad cambiante.

Vivimos en el siglo de la codicia agresiva y hedonista. De ahí los conflictos y las guerras, la corrupción colectiva y el vacío espiritual. La política económica nacional e internacional, asocial en el fondo, se sirve de la codicia y del egoísmo como estupefacientes y drogas aprobadas por los poderosos de la tierra. Las consecuencias han sido catastróficas. Las escuelas y las universidades han callado y se han cruzado de brazos, la mayoría de las veces. Y no por falta de medios, sino por falta de una educación para la solidaridad humana.

Todo atentado a la vida y a la naturaleza es un atentado contra nosotros mismos. "La contaminación interior, la contaminación psíquica del hombre está en el fondo del ensuciamiento total del ambiente humano", como observa penetrantemente Phil Bosmans. En este sentido, el progreso occidental ya no es un verdadero progreso humano. Hemos roto los naturales lazos vitales y hemos materializado nuestra existencia arrancándola de sus raíces. Nos olvidamos que la vida humana es un maravilloso misterio y la entregamos en holocausto para el altar del progreso material. Si la tierra pudiese llorar, lloraría por el destierro del hombre. Sentada en los escombros de nuestra civilización, la *universidad* aún es capaz, si se decide, a poner luz de sabiduría en nuestro corazón y amor de los hombres por los hombres. La peor respuesta que podrían darnos *la máxima Casa de Estudios* es la incitación a la violencia. Hemos de cambiar hombre y sociedad pero no por vías de violencia, que mata al inocente por querer exterminar al culpable con rifle sanitario. El pesimismo extremado de la violencia es un modo de criminalidad. Detrás de la violencia está la fuerza destructiva del odio que convierte a los

hombres en cavernícolas monstruosos. "Si por tu ideología o por tu nueva sociedad ha de morir un inocente o un solo niño, maldigo tu ideología y abomino tu sociedad" (Bosmans). Ciertamente la injusticia cometida con el prójimo, en cualesquiera de sus formas, es violencia. Pero la justicia y la paz no son productos de la guerra y de la violencia, sino del cambio en el corazón del hombre. Si *Universidad* de nuestro tiempo no puede propiciar este cambio, está fracasando en una de sus misiones primordiales. Valdría la pena de meter esta verdad en el duro cacumen de los guerrilleros de salón y de los predicadores de la violencia en las *universidades*. Porque se quiere adecuar el ambiente a la propia conveniencia. Se imputan todos los males del mundo a los del bando contrario. Echar la culpa del desastre al Estado y a las estructuras es una cómoda y farisaica coartada de los que hablan mucho y actúan poco o nada. Sobran profetas del desastre y faltan constructores de la sociedad humana que todos anhelamos. De la sociedad solidaria que arrije a una socio-síntesis pacífica y amorosa

El círculo vicioso del mal que apela al mal, de la violencia que recurre a la violencia no se rompe con la venganza taliónica sino con el perdón cristiano. Se ha dicho —y con razón— que Mahatma Gandhi, Martín Luther King y Maximilian Kolbe han hecho más por la habitabilidad de nuestra tierra y por el bienestar de los hombres que todos los generales juntos. Hay que ser más valiente para abstenerse de usar la violencia cuando lleno de indignación se contempla una injusticia, que para dejarse ir por el impulso de golpear o matar. En un mundo enloquecido camino hacia la autodestrucción, cabe una revolución nueva, no violenta, que libere al hombre de la codicia y del afán de poder.

Acaso mi tesis de una educación universitaria para el amor parezca extraña, fuera de lugar. Pero no es así. Si el hombre necesita el amor para hacerse hombre, ¿por qué la Universidad no habría de enseñarnos de que podríamos y debíamos estar enamorados? ¿Es que las grandes obras de los grandes hombres no han sido obras de grandes enamorados? ¿Quiénes son, en definitiva, los que trazan los grandes hitos de la historia: los mediocres o los amantes de la sabiduría, de la ciencia, de las letras, del arte, de la patria y de la humanidad? La educación universitaria es el proceso o conjunto de actos, por los que la Universidad se constituye en un ambiente, suscitador de conocimientos, hábitos, apreciaciones y experiencias en los educandos quienes, al liberar mediante el esclarecimiento superior de vocaciones, tendencias activas o virtualidades, las transforman en disposiciones de conducta y se

convierten en miembros, según el modelo de valores, de esa sociedad o institución. El desarrollo espiritual de un hombre en sociedad conforme a valores espirituales, no puede verificarse sin una formación para el amor a Dios y al prójimo. La individualización desarrolla las capacidades o virtualidades singulares para el amor. A menudo esas potencialidades humanas para el amor se encuentran obstaculizadas o reprimidas, tanto en el aspecto individual como social. La Universidad vocacional actúa, en estos casos, como fuerza liberadora.

No se limita. La *educación* auténtica a promover contenidos o experiencias de tipo predominante intelectual: la instrucción; tampoco le basta con sistematizar el conjunto de actos formalmente constitutivo; ni con tratar de que el educando se incorpore al grupo social a través de la adquisición de pautas, costumbres, comportamientos; ni con adiestrar capacidades prácticas o capacitar en contenidos o experiencias que componen un conjunto o cuerpo de características profesionales o técnicas vinculadas con el trabajo que el educando desempeñará. No hay que concebir a *las instituciones educativas* como unos mastodontes del saber y de la ciencia; sino como centros de luz, como recintos de ciencia y cultura que encaminan a la sabiduría. *Las instituciones educativas* no deben ser fábricas de tecnócratas, especialistas, eruditos o peritos con título profesional. La Universidad es formadora de toda la persona humana, no solo de la "materia gris" que llamamos cerebro. "Todo el hombre es facultad de conocimientos para el amor. Los diplomas han de ser mucho más que la prueba de que alguien ha demostrado en algún momento de su vida una adquisición intelectual. Los diplomas han de hablar de todo el hombre. El saber solo frustra y puede mutilar mortalmente al hombre. El desarrollo de la vida afectiva y de la vida espiritual, la cultura del corazón, son de importancia capital en la construcción de la nueva sociedad. La sabiduría —afirma Phil Bosmans en palabras que hacemos nuestras— es más importante para la felicidad de hombres y pueblos que la ciencia". Está señalado, en este texto, la función del corazón en la Universidad. Nos hemos olvidado de que el amor es la base de toda convivencia sana y perdurable. "La justicia sin amor es una utopía". El amor sin justicia es una mentira. La cultura del corazón es tarea universitaria inaplazable para la salud espiritual del hombre y para la habitabilidad del planeta. Para ser hombre de verdad y formar una comunidad, el ser humano ha de volver a ser humano en el amor de los unos por los otros. Los educandos han sido encomendados a la Universidad, porque el hombre está encomendado al hombre. y el

educando que ha sido encomendado al educador no es una entidad abstracta, una gente, sino un prójimo, un *proximus* sediento de estima y de saber fecundo, luminoso, amoroso.

Los maestros universitarios no deben confundir el amor con el sentimentalismo, ni con la solidaridad, ni con el egoísmo de grupo, ni con el reparto de ciencia y tecnología. En la estructura del amor del educador al educando hay que dar más que lo que se posee intelectualmente. Hay que darse a sí mismo para la promoción del educando. Es la gran proeza del corazón del verdadero maestro que no cabe confundirlo, jamás, con el simple instructor. Esta proeza puede cambiar el pensar, el hacer, el sentir y el hablar del educando para toda su vida. ¿Quién inventó esta proeza? No estamos en el caso de inventos humanos. El más profundo y el más humano mensaje de todos los tiempos es que Dios es amor. Gracias a ese mensaje, los hombres podemos volver a ser hombres los unos para los otros en el amor. Sobre esta base entenderemos mejor el amor a la ciencia, el amor a la técnica y el amor a la sabiduría. Habitado por el amor, es posible que el hombre hable con conocimientos, y hasta con sabiduría y se entienda con el hombre.

Aunque el amor es sumamente difícil de definir, porque no es algo que se tiene sino una manera de ser, ocúrreseme proponer la siguiente definición:

El amor es un afecto vivo, benevolente y promocional del hombre, que se profesa a Dios y al ser humano.

Este sentimiento fundamental e irreductible del ser humano, es la forma más profunda y más rica de relación y de vínculo. Tiende hacia la unidad espiritual y, en el caso del amor-pasión, a la unidad física. La sexualidad no es la única razón de ser del amor, aunque es una consecuencia de la efusión cordial y personal. Es el amor personal el que informa la sexualidad y no la sexualidad la que informa al amor personal.

El niño insinúa signos de afecto, que interpreta como señales de estima hacia su propia persona. Pero el amor adulto, aunque conserva la necesidad de estima, no se reduce solamente a la recepción de cariño, sino también, y principalmente, culmina en la donación. El otro ocupa para el amante el lugar central. El otro es buscado por sí mismo. El otro es aceptado con todos sus defectos, pero con voluntad de perfección.

San Agustín apunta luminosamente que el amor es el peso (*pondus*) del alma. “¿Qué os decimos, que no améis?” “¡Dios nos libre! Inertes, muertos, miserables, seriais, sin amar nada. Amad, pues, pero mirad bien que es lo que habéis de amar”. “No te digo que nada ames, sino que ordenes tu amor” (Sermo Lambot 2 PLS 2 755). El *ordo amoris* agustiniano nos pide usar (*uti*) de los medios y gozar (*frui*) de los fines. Y puesto que en última instancia sólo hay un último y supremo fin, el orden nos pide gozar sólo de Dios. Pero en Dios habremos encontrado todo lo valioso. “Nada habremos perdido y todo habremos ganado”. Es, desde esta perspectiva, desde donde hay que comprender ese genial imperativo agustiniano: “Ama, y haz lo que quieras”. Solamente nos pone una condición el Santo Obispo de Hipona: que amemos, que verdaderamente amemos, porque si amamos verdaderamente todo lo que hagamos será en bien de la persona amada. Suprema libertad que trasciende —no deroga— toda obligación ética.

El *eros* platónico es un afán que no se basa en la negación de lo fugaz ni en la posesión de lo eterno, sino en el anhelo constante de lo transitorio a lo permanente. Sólo es capaz de amor un ser indigente que aspira a la plenitud. Una voluntad de convertirse en algo superior, preside siempre todo proceso amoroso. En el “Banquete”, Diotima afirma, contra la opinión de sus interlocutores, que el amor no es un Dios. Ni enteramente pobre, ni enteramente rico. La pobreza completa es la completa infecundidad; la riqueza máxima es la máxima indeseabilidad. El amor es una creatura pobre y pedigüeña que aspira a la perfección, precisamente porque no la tiene. Cuando amamos, somos presa de un entusiasmo (endiosamiento) que nos hace delirar divinamente. En un primer grado amamos los cuerpos bellos. Pero toda procreación desemboca en la corrupción. En un segundo grado amamos la belleza implícita que fulgura en lo evanescente. Del apetito de los cuerpos bellos hemos pasado —purificándonos— a la unidad incorruptible de su forma (*eidos*). Proseguimos la escala, y llegamos, a una tercera etapa, al amor espiritual de las almas. La belleza pura —en su realidad impersonal e inmóvil— es el último término de toda aspiración.

El amor concebido a la pagana rechaza, esencialmente, la misericordia, la compasión, la simpatía. El dios de griegos y romanos es un dios que enamora; pero que no ama. Que atrae, pero que no se entrega. El amor era, en opinión de los paganos, un excelente motor que nos transportaba a la esencia lógica —*logos*— que era, en realidad, el último

fin. El mundo y los hombres se sentían atraídos irresistiblemente por un motor inmóvil.

La *charitas* cristiana redime y enaltece al hombre. No es el mundo el que asciende a Dios, sino Dios quien desciende al mundo. El proceso entero del cosmos está montado sobre una lucha incesante entre la fuerza creadora del amor y la fuerza destructora del odio.

Dios es el analogado principal y en puridad sólo de El puede predicarse el amor. Dios —fuente de todo amor— hace que las cosas y los hombres sean lo que son y que participen en la comunidad.

La *Charitas* es una especie de amistad entre el hombre y Dios. Esta amistad recíproca del hombre y Dios se extiende necesariamente a todo lo que procede del ser divino y le pertenece en cualquier sentido: La corriente vital amorosa se apropia de lo ajeno o se entrega a la creatura o al Creador. La aspiración de un ser imperfecto para llegar a la perfección, o el descenso de lo perfecto a lo imperfecto —tendencia de lo superior para sublimar a lo inferior— son las dos categorías del amor que nos ofrecen la antigüedad pagana y el cristianismo. El *eros* es una inclinación natural hacia el objeto amado. El “*ágape*” es la entrega total del propio ser, no por inclinación natural, sino por liberalidad, por generosidad sobrenatural. En el *eros* el amante se busca a sí mismo. En el *ágape*, se va al amado en cuanto amado. El *eros* produce ilusión de eternidad. El *ágape* nos introduce en la unión con el Ser eterno.

La exigencia del amor funda su primacía en el mismo ser del hombre. Nuestra contingencia radical de creaturas implica la amorosa voluntad del Creador que nos implantó en la existencia con misión personal. Estamos aquí, en el mundo, sin ser necesarios, por la amorosa voluntad de Dios—Amor. En consecuencia, nuestra existencia es dádiva de amor que nos compromete a vivir amorosamente. Nuestra última visión de las cosas se da en el amor.

Sólo se sabe bien lo que se conoce por amor. El amor es luz del mundo. Luz que es “visión” amorosa del Amor.

Muchas cosas se compran en el comercio. Pero no hay tienda en que se vendan amigos. La amistad es benevolencia activa y recíproca, es incumbencia cordial de ayudar al amigo en la empresa de vivir. Donde la amistad muere, desaparece la solidaridad. Donde brota la amistad, ahí surge el reconocimiento profundo de las personalidades amigas. Cuando tengo experiencia del otro por la amistad, es cuando siento necesitarlo y

percibo que me necesita. Donde desaparece la amistad desaparece también la comunidad. Queda un espacio para que se introduzca el poder disgregante del odio. La muerte del amor petrifica los corazones. La leña seca del sistema cordial, en un odiador, solo sirve para arder. El desamparo espiritual no puede ser más lacerante. El que endiosa a una creatura no llega a una verdadera solidaridad con los demás. Lo más probable es que concluya en un egoísta enamoramiento de sí mismo, obstaculizando el amor desinteresado con los prójimos. La destrucción de los ídolos es siempre saludable. Significa, las más de las veces, un primer paso hacia el Ser absoluto. El Estado, el arte, la ciencia, la mujer, el dinero, la voluntad del poder, son bienes finitos que no pueden ponerse en lugar de Dios. Somos llamados por el amor. Entre yo mismo y la totalidad de cuanto hay en el ámbito finito oscilo en tensión viviente. Entre lo actual y lo proyectado vivo desviviéndome. Pero en esa rajadura de la existencia sorprende un impulso al infinito.

Crucificado en la cima del monte Calvario, Cristo, en el trance de su agonía parece amar con más intensa ternura a los que deja, aún a aquellos que le escupieron, que le azotaron, que le befaron y que le llevaron a la cruz. Con la carne martirizada hasta el extremo, todavía puede su espíritu implorar el perdón para quienes pecaron sin saber bien lo que hacían. Aun en estos cretinos días en que el odio está enseñoreado, el eco eternamente nuevo de la petición de Jesús taladra nuestros oídos semi-atrofiados.

No se puede amar lo que no se conoce. En este sentido, hay un primado de dirección —sólo de dirección—, del *logos* sobre el *ethos*. Pero el amor abraza y excede a la verdad. Más aún, es el amor el que regula la administración de la verdad. En todo caso, lo mejor es saber amando y amar sabiendo.

El amor es un estado o propiedad del ser humano que se realiza en unitaria comunión de los prójimos, *por eso postulamos la civilización del amor, que es la plena humanización del hombre*. Si no experimentamos y comprendemos el amor, perderá su sentido el problema del fin y del destino humanos. A la *Universidad* humanista le importa el amor porque le importa el hombre, porque sabe que el amor es fuerza creadora y constructiva del ser humano. Porque hasta nuestro entendimiento requiere un objeto valioso que suscite amor por conocerlo. La educación Universitaria para el amor encamina al educando hacia la onticidad de las cosas, por la fuente energética, que es el amor, para alcanzar la

perfecta ecuación del ser humano. Supriman ustedes el amor y todo principio racional se forma extrahumano y existencialmente ineficaz. El auténtico amor, es amor de perfección, amor del bien, de la belleza, de la sabiduría. Y decir sabiduría es saber de salvación, sencillez y piedad. Todo —instinto, razón y corazón— nos lleva a la región donde la sabiduría y la santidad están convergiendo y coincidiendo.

La educación se aloja en el ser sustancial del hombre como en su propio sujeto de inhesión. Se trata de conducir la naturaleza humana a su plenitud. El proceso educativo lleva al hombre a una maduración cualitativa, a un desarrollo perfectivo. Los profesores debieran enseñar a los educandos el modo de estar siempre “enamorado” y de que se debieran enamorar. ¿Cómo lograrlo? Primera regla: Estimular y contribuir al desarrollo de las disposiciones fundamentales que permitan al estudiante prosperar en las vías del espíritu; Segunda regla: Interiorización efectiva de la confluencia educativa; Tercera Regla: asegurar y acrecentar la unidad armónica interior del universitario; Cuarta regla: que la razón amorosa —conocer amando y amar conociendo— se enseñoree de las disciplinas aprendidas.

La enseñanza para el amor se ubica dentro de la Antropología Filosófica. No se puede comprender cabalmente al hombre sin una óptica del amor. Y la Antropología Filosófica debiera ser asignatura común en todas las carreras universitarias. Porque no se puede vivir sin saber cómo es bueno vivir, y para saber cómo es bueno vivir se precisa saber que es el hombre y cual es su último fin. Hay una profesión universal —decía Guyau— que es la de hombre. Como Rector de la Universidad Regiomontana me propuse restablecer el sentido de “*alma mater*” con asignaturas comunes y universalísimas —entre ellas, y en primer término, la Antropología Filosófica—, propiciando la convivencia, en las mismas aulas, de estudiantes de las diversas carreras que imparte la Universidad. Pero no basta estudiar la esencia y el fundamento del amor; menester es que los maestros muestren su *eros* pedagógico, se entreguen a su noble tarea de profesores—investigadores, se ganen el afecto de los educandos y les induzcan a amar lo verdaderamente valioso. Sólo así habremos contribuido a generar una educación universitaria para el amor. Pero la educación para el amor empieza desde el hogar, la escuela o el taller. Se requieren, claro está, educadores que activen esa educación para el amor en todo los ámbitos, para poder llegar a la *Civilización del Amor* que todos los seres humanos de buena voluntad anhelamos.

Ante los profetas del desastre, afirmamos el signo de la esperanza que aparece en él horizonte de los nuevos tiempos. La creación continúa. Podemos colaborar en ella, porque somos espíritu y no un simple trozo de átomos y moléculas. Por el horizonte veo alzarse hombres de todas las clases y de todos los puntos cardinales de México, de América Latina y del mundo. Son amantes de la *Civilización del Amor* que llevan la Luz del Conocimiento y del Amor. Hago votos porque no decaiga su entusiasmo por la vida, incluso por la vida que pide sacrificio. Si son hombres que se guían por su afán de plenitud subsistencial, nunca serán hombres peligrosos. No estamos aún logrados, acabados, concluidos. Seguimos en camino, encomendados los unos a los otros. Crezcamos juntos y formemos un mundo mejor que esté destinado a la socio-síntesis pacífica y amorosa que sustituirá a la civilización de la guerra y la tecnocracia hueca de fermento espiritual. El sol sale en cada generación buena que pasa por las recintos académicos. Y cuando nos hallamos cansados de caminar hacia las estrellas para buscar un poco de luz para los hombres en la noche, reposaremos al pie de la alta montaña silente, con la firme esperanza en la venida de una nueva tierra y un nuevo cielo. Hay, en esta espera esperanzada, amor al destino, entrega amorosa a un orden universal que nos trasciende. Esa y no otra es la *Civilización del Amor*, que podremos instaurar si nuestro ánimo no decae.